

La Revolución cubana, el nacimiento del mito guerrillero en América Latina y las respuestas contrainsurgentes

The Cuban Revolution, the birth of the guerrilla myth in Latin America and the counterinsurgent reactions

Eduardo PIZARRO LEONGÓMEZ
Universidad Nacional de Colombia

RESUMEN

Al amanecer del 1 de enero de 1959 se fugó hacia la República Dominicana el general Fulgencio Batista y entraron a La Habana las guerrillas triunfantes. Era el nacimiento del *mito guerrillero* en América Latina. En los años siguientes surgieron movimientos guerrilleros en todos los países de la región (con la sola excepción de Costa Rica), despertando un enorme temor, tanto en Washington como en todos los gobiernos latinoamericanos. En este artículo se analiza, en primer término, el impacto que produjo la Revolución Cubana y las respuestas erróneas que hubo tanto en Washington como en la Organización de Estados Americanos, que solo sirvieron para radicalizar a los líderes cubanos. Y, en segundo término, revisa los dos modelos contrainsurgentes que se implementaron en la región, los unos fundados en la Escuela Inglesa inspirada en la idea de “ganarse el corazón y la mente” de la población y los otros en la Escuela Francesa y la Doctrina de la Seguridad Nacional, inspirados en la idea del *enemigo interior*.

PALABRAS CLAVE

Revolución Cubana; Guerrilla; Contrainsurgencia; Doctrinas militares; Ciencias sociales.

ABSTRACT

On January 1st, 1959, at dawn, General Fulgencio Batista fled to the Dominican Republic and the triumphant guerrillas entered Havana. It was the birth of the *guerrilla myth* in Latin America. In the following years, guerrilla movements emerged in all the countries of the region (with the sole exception of Costa Rica), arousing enormous fear, both in Washington and in all Latin American governments. This article analyzes, first, the impact that the Cuban Revolution produced and the erroneous responses that occurred in Washington as well as within the Organization of American States, and which only served to radicalize Cuban leaders. Secondly, it reviews the two counterinsurgency models that were implemented in the region—those founded in the English School and inspired by the idea of “winning the hearts and minds” of the population, and those of the French School and the Doctrine of National Security, inspired by the idea of the *internal enemy*.

KEYWORDS

Cuban Revolution; Guerrilla; Counterinsurgency; Military Doctrines; Social Sciences.



Artículo recibido el 12-9-2020 y admitido a publicación el 19-10-2020.

Al alba del 1 de enero de 1959, el general Fulgencio Batista huía de Cuba en compañía del presidente electo dos meses atrás, Andrés Rivero, en un avión hacia la República Dominicana para acogerse a la protección del general Rafael Leónidas Trujillo. Más tarde, viviría en la isla de Madeira bajo el ala protectora de António de Oliveira Salazar y luego, en la España de Francisco Franco, hasta su fallecimiento en 1973.

El ex canciller y exembajador de Colombia en Cuba Julio Londoño describe así esa fuga cinematográfica:

El 1 de enero de 1959 a los dos de la mañana, el general Fulgencio Batista, gobernante de facto de Cuba, su segunda esposa, uno de sus hijos y un grupo de colaboradores, salieron discretamente por la puerta de atrás del palacio presidencial en La Habana, donde se celebraba un elegante baile para recibir el año nuevo. Las señoras ataviadas aún con “vestidos largos” [...], oficiales del ejército con uniformes de gala y dignatarios con esmoquin tropical abordaron apresuradamente cuatro aviones DC-4 de la Fuerza Aérea Cubana y salieron hacia Ciudad Trujillo, como se denominaba en ese entonces la capital de la República Dominicana¹.

Según el embajador de los EEUU en Cuba, Earl Smith, por solicitud del Departamento de Estado, el 17 de diciembre le había anunciado a Batista que no gozaba ya más del respaldo del gobierno de Dwight Eisenhower². Su destino ya estaba jugado.

Pocas horas después de la partida de Batista, los miembros del II Frente Nacional de Escambray comandados por Eloy Gutiérrez Menoyo ingresaban a La Habana, mientras que las tropas del Movimiento 26 de julio comandadas por Fidel Castro se tomaban Santiago de Cuba, en el otro extremo de la isla, y el futuro líder declaraba esta ciudad como capital provisional y nombraba a Manuel Urrutia como presidente provisional. Había nacido el mito guerrillero en América Latina.

Según Armando Borrero, dos acontecimientos, la Revolución cubana y el lanzamiento de la Alianza para el Progreso (ALPRO), “marcaron en definitiva la entrada de América Latina a los escenarios de la Guerra Fría”³. Hasta ese momento, dado que la Unión Soviética como una potencia eminentemente terrestre no tenía capacidad de actuar más allá de su entorno geoestratégico, los espacios de confrontación Este/Oeste tenían lugar, sobre todo, en Europa y Asia y, salvo acciones puntuales, como el derrocamiento del presidente progresista Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954, América Latina parecía estar lejos de la confrontación global. La política exterior de los EE.UU. estaba enfrascada en Europa Occidental (mediante el Plan Marshall y la creación de la OTAN) y en el entorno estratégico de la URSS en Europa Oriental y Asia. Todo cambió con la caída de Batista. Como diría de manera amarga el último embajador de EE.UU. en Cuba ya mencionado, Earl Smith, “es una verdad ineludible el que tenemos un país comunista a 140 kilómetros de nuestras costas. Existe la posibilidad de que el Caribe se convierta en un lago comunista. Tenemos el deber y la obligación de prevenir esa posibilidad”⁴.

1. “Colombia y la era castrista: Más de medio siglo de historia”, *Revista Semana*, 31-12-2017, <https://www.semana.com/nacion/articulo/colombia-y-la-era-castrista-1959-2018-fidel-castro/552165> (consulta 11-9-2020).

2. *El cuarto piso*, Maracaibo, Edición Bolívar Siete, 2002.

3. Armando BORRERO, *De Marquetalia a las Delicias*, Bogotá, Planeta Editorial Colombiana, 2018, p. 27.

4. SMITH, *El cuarto piso*, p. 235.

La Revolución cubana y, ante todo, su viraje hacia el socialismo un año más tarde, constituiría una evidencia clara a los ojos de miles y miles de jóvenes que se lanzaron a la aventura armada en aquellos años que el *patio trasero* de Washington no era inmune a un movimiento revolucionario exitoso. El *primer territorio liberado* de América se había convertido en una *nueva Jerusalén*.

El impacto de la Revolución cubana fue, sin duda, enorme. Al poco tiempo, ya el *mito guerrillero* se había extendido como una mancha de aceite por toda América Latina. La revolución estaba a la orden del día.

En el mismo año del triunfo de la Revolución cubana, surgió el primer grupo guerrillero: fue en la Argentina, el Ejército de Liberación Nacional-Movimiento Peronista de Liberación, más conocido como los Uturuncos. Tres años más tarde, bajo el liderazgo de Ricardo Masetti (*Comandante Segundo*), se creó el Ejército Guerrillero del Pueblo (1963-1964), la primera guerrilla guevarista en la patria del *Che* y destinada a abrirle el camino hacia su país a éste, quien debería ocupar el cargo de *comandante primero*. Y a lo largo de esta o la siguiente década, todos los países de América Latina (salvo Costa Rica) tuvieron experiencias similares.

Los *ciclos revolucionarios* no han sido extraños desde que la Revolución francesa incentivó revueltas similares en otras naciones europeas contra el poder feudal⁵. Luego vendrían otros muchos. Entre ellos, el ciclón generado por la Revolución rusa (1917) o el huracán que desató la Revolución cubana primero (1959) y más tarde la Revolución nicaragüense (1979) en América Latina son claves para nuestro análisis. El ejemplo de demostración, es decir, un acontecimiento social capaz de incidir en regiones contiguas o aun lejanas, es fundamental para entender el vendaval que produjo la Revolución cubana, no solamente en América Latina, sino a nivel global.

El gran historiador inglés Eric Hobsbawm sostenía que, durante el proceso de la descolonización tras la II Guerra Mundial, surgió entre los intelectuales y los movimientos de izquierda europeos una gran pasión por el Tercer Mundo. Creían que la clase obrera estaba dejando de ser la clase portadora de la revolución, según los textos marxistas canónicos, y que el sujeto revolucionario comenzaba a desplazarse hacia el sur. Añadía que

en los sesenta el Tercer Mundo devolvió de hecho al primero la esperanza de la revolución. Las dos grandes inspiraciones internacionales eran Cuba y Vietnam, que no sólo constituían sendos triunfos de la revolución, sino los de David contra Goliat, los de los débiles frente a los todopoderosos. “La guerrilla” –término emblemático de la época– se convirtió en la llave imprescindible para cambiar el mundo⁶.

Por último, apunta también que los *barbudos* se convirtieron “en los símbolos de una nueva era de romanticismo político a escala mundial”.

En el Canadá francófono surgió el *Front de Libération du Québec*, que soñaba convertir esta provincia en una *nueva Sierra Maestra*, y, en el Canadá anglosajón, un grupúsculo, *Direct Action*; en los EE.UU., *The Weather Underground Organization*, el *Black Liberation Army* y el *Symbionese Liberation Army*; en Alemania, la Fracción del Ejército Rojo; en España, los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) y el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP); en Francia, *Action*

5. Jeff GOODWIN, *No other way out. States and Revolutions Movements, 1945-1991*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812125>.

6. *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta, 2003, p. 238.



Directe; en Italia, las *Brigate Rosse*; en Bélgica, las Células Comunistas Combatientes; en Grecia, la Organización Revolucionaria 17 de Noviembre, e incluso en Japón surgió un combativo Ejército Rojo Japonés, aliado con el Frente Popular para la Liberación de Palestina.

En estas experiencias, la “propagación de núcleos guerrilleros [...] se debió básicamente al voluntarismo revolucionario”⁷, animada por la lectura equivocada de la Revolución cubana del *Che* Guevara y Régis Debray, la cual causó estragos en América Latina. Era el elogio desmedido a la *sierra*, es decir, de las zonas rurales donde actuaban las unidades guerrilleras del Movimiento 26 de Julio, en detrimento del *llano*, o sea, los centros urbanos, donde actuaban otras organizaciones opuestas a Batista, tales como el Directorio Revolucionario 13 de Marzo o el Partido Socialista Popular (PSP).

Los postulados fundamentales de la teoría del *foco* –contrapuesto a la idea del partido leninista y al rol estratégico de la clase obrera–, fueron planteados por primera vez en la obra del *Che* Guevara, *La guerra de guerrillas*, en cuyo primer y más célebre párrafo afirma que tres fueron los aportes fundamentales que

hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América [...]: 1. Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. 3. En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo⁸.

A lo cual añadió más tarde un cuarto postulado: que no era necesario disponer de una teoría revolucionaria, pues, en el curso de la lucha se podía construir mediante la *praxis*. Era una apología del pragmatismo. En efecto, el *Che* utilizaba el término de “revolucionario práctico” para describirse a sí mismo.

98

La teoría del foco tenía, muy probablemente, raíces anarquistas, dada su similitud con la llamada *propaganda por el hecho* que propusieron Errico Malatesta y Carlo Cafiero, en un célebre artículo publicado en 1887 en el *Boletín de la Federación del Jura*:

El hecho insurreccional destinado a afirmar los principios socialistas mediante la acción es el medio de propaganda más efectivo y el único que, sin engañar y corromper a las masas, puede penetrar hasta las capas sociales más profundas⁹.

Es decir, predicar con el ejemplo. El teórico anarquista Piotr Kropotkin afirmaría también en alguna ocasión que “un acto puede, en unos pocos días, hacer más propaganda que miles de panfletos”.

Sin duda, tenía también raíces en la obra de Mao Tse-Tung y en la experiencia de la Revolución china. Según Chen Bo-da, las principales conclusiones a las cuales había llegado el dirigente chino eran

7. Jorge GIRALDO, “Política y guerra sin compasión”, en CHCV, *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*, Bogotá, 2015, p. 422, en https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjznqL797TtAhVuzoUKHQLxD7sQFjAAegQIAhAC&url=http%3A%2F%2Fwww.humanas.unal.edu.co%2Fobservapazyc%2Ffiles%2F5714%2F6911%2F9376%2FVersion_final_informes_CHCV.pdf&usg=AOvVaw1TqjdLpjiP-12lxbIcbiXy.

8. Ernesto *Che* GUEVARA, “La guerra de guerrillas”, en *Obras 1957-1967*, La Habana, Casa de las Américas, vol. I, p. 31.

9. Agustín ALCÁZAR, “Anarquismo y violencia”, *Observatorio CISDE*, 14-8-2015, <https://observatorio.cisde.es/archivo/anarquismo-y-violencia/> (consulta 11-9-2020).

la necesidad de emprender en las aldeas una larga guerra revolucionaria, de utilizar las aldeas para cercar y después conquistar las ciudades; las de que era preciso crear y mantener el poder revolucionario en una serie de pequeños sectores y de irlo desarrollando y ampliando gradualmente en el proceso de una larga lucha por la conquista del poder en todo el país¹⁰.

Sin embargo, había un matiz que diferenciaba las tesis del *Che* de las de Mao, y era su culto de la guerrilla trashumante y del *hit-and-run*. En la *Guerra de guerrillas*, el *Che* explicaba los ejes de esta táctica así:

Muerde y huye, espera, acecha, vuelve a morder y a huir y así sucesivamente, sin dar descanso al enemigo [...]. Una característica fundamental de una guerrilla es la movilidad, lo que le permite estar en pocos minutos lejos del teatro específico de la acción¹¹.

En todo caso, la idea de que ya había en todo el continente una *situación revolucionaria* madura y que bastaba un foco insurgente rural para desatar con su ejemplo heroico las energías insurreccionales del pueblo fue un mensaje profundamente equivocado. El propio Guevara pagó con su vida en Bolivia este error de apreciación. Y Régis Debray, que se hacía llamar en Bolivia *Danton*, como el célebre líder jacobino guillotinado en 1794, con cuatro años de prisión. Ni en Bolivia ni en el resto de América Latina, el *pequeño motor* –el foco guerrillero–, pudo en estos años y hasta la revolución en Nicaragua, engranar con el *gran motor* –los sectores populares¹².

Sin embargo, el propio *Che* Guevara había planteado en la *Guerra de Guerrillas* una alerta antes de desatar el “foco guerrillero”: la existencia de instituciones democráticas, así fuesen muy formales, las cuales reducían el espacio de legitimidad necesario para justificar la etapa insurreccional.

Donde un Gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica¹³.

Este era, sin duda, el caso de naciones como México, Costa Rica, Chile, Uruguay, Venezuela, Colombia o Perú.

Desgraciadamente, este *corolario democrático* fue abandonado en un artículo publicado en 1963 en la revista *Cuba Socialista*¹⁴ que tuvo un gran despliegue, en el cual sostuvo que no importaba si había o no instituciones democráticas, las condiciones revolucionarias eran todas propicias en el continente para desatar focos guerrilleros, ya fuese bajo dictaduras militares o regímenes civiles.

La teoría del *foco* fue objeto de múltiples críticas en aquellos años por parte de un gran número de intelectuales de izquierda, que cuestionaron la pertinencia de esta concepción: desde Louis Althusser hasta algunos de los intelectuales marxistas reunidos en torno a la revista *Monthly Review*. Dado de que era más fácil criticar a Debray que

10. CHEN Bo Da, “La doctrina de Mao Tse-Tung sobre la aplicación del marxismo leninismo”, citado por Rodolfo HERNÁNDEZ, “La difusión del comunismo chino en Colombia, 1949-1963. El aporte editorial del Partido Comunista de Colombia - PCC”, *Goliardos*, 18 (2014), pp. 70-91.

11. GUEVARA, “La guerra de guerrillas”, p. 36.

12. Régis DEBRAY, *La guérilla du Che*, París, Seuil, 1974.

13. GUEVARA, “La guerra de guerrillas”, p. 32.

14. Ernesto *Che* GUEVARA, “Guerra de guerrillas: un método”, *Cuba Socialista*, (1963), disponible en <https://webs.ucm.es/info/bas/utopia/html/che20.htm> (consulta 15-7-2020).



enfrentar al *Che*, quien se convirtió en un mito histórico tras ser cobardemente fusilado a sangre fría el 9 de octubre de 1967 cuando solo contaba 39 años, el joven filósofo francés se convirtió en el objeto privilegiado de las críticas.

Todos los críticos coincidían en señalar que, en esa teoría y en estos improvisados *focos insurgentes*, los jóvenes urbanos que intentaban gestar una vanguardia revolucionaria partían de concepciones excesivamente románticas e irreales de las condiciones que permitirían alcanzar la adhesión del pueblo y su movilización. El fracaso fue muy doloroso, tanto en América como en Europa y Japón.

La Revolución cubana revivió de nuevo en los EE.UU. la *teoría del dominó*, que ya había sido utilizada para justificar la intervención en la península de Indochina, unos pocos años antes, tras la derrota de Francia en la batalla de Dien Bien Phu en 1954. En una conferencia de prensa celebrada el 7 de abril de 1954, el presidente Eisenhower se apoyó en esta imagen con objeto de explicar las tesis que estaba exponiendo el secretario de Estado, John Foster Dulles, en relación con los riesgos que estaba corriendo el mundo occidental en la península de Indochina tras el triunfo de la Revolución china en 1949. Al respecto, Eisenhower afirmó que

Finally, you have broader considerations that might follow what you would call the "falling domino" principle. You have a row of dominoes set up, you knock over the first one, and what will happen to the last one is the certainty that it will go over very quickly. So you could have a beginning of a disintegration that would have the most profound influences.

100

Esta *teoría* fue revivida en los Estados Unidos tras la Revolución cubana como un recurso retórico para ejemplarizar los riesgos de contagio que conllevaba su ejemplo para el resto del continente y, por tanto, para definir las medidas de contención necesarias para enfrentar el desafío. Ese recurso retórico se tradujo en acciones político-militares: la más impactante fue la invasión de República Dominicana mediante la Operación *Power Pack*, con más de 20 mil *marines* y fuerzas aerotransportadas el 28 de abril de 1965 para impedir el retorno al poder del presidente progresista derrocado en 1962, Juan Bosch, y así evitar, según palabras de Lyndon Johnson, “una segunda Cuba”.

La expansión del ejemplo cubano en América Latina generó en el plano militar dos tipos de respuestas-tipo: de una parte, una respuesta fundada en la *escuela francesa*, mediante la cual se debía quebrar a los movimientos insurgentes a sangre y fuego; y de otra parte, la *escuela británica* que planteaba que, para enfrentar los focos guerrilleros emergentes, era indispensable disputarles la *mente y el corazón* de la población civil. La primera echó hondas raíces en Brasil y el Cono Sur, mientras que la segunda se asentó, ante todo, en la región andina.

La Revolución cubana

En su primera visita oficial a los Estados Unidos en abril de 1959, Fidel Castro afirmó de manera categórica: “sé que están preocupados por si somos comunistas. Pero ya lo he dicho muy claramente: no somos comunistas. Que quede bien claro”. Y añadió más tarde: “Nuestra Revolución es tan cubana como nuestras palmas (...). Y toda esta campaña de ‘comunista’, campaña falsa, campaña canallesca, que ni nos preocupa, ni

nos asusta...”¹⁵. La revolución había triunfado tres meses antes y el nuevo gobierno estaba lejos de mostrar signos de hostilidad hacia su poderoso vecino. Fidel Castro insistía en todas sus intervenciones en el carácter democrático de su proyecto, su defensa irrestricta de los derechos humanos y de la libertad de prensa, “el primer enemigo de la dictadura”. Es más, en junio del mismo año, el entonces director de la CIA, Allen W. Dulles, en un informe al Senado sostuvo que “no creemos que Castro tenga ninguna inclinación comunista. Tampoco creemos que esté siendo apoyado ni que trabaje para los comunistas”¹⁶.

Sin embargo, el 22 de diciembre de 1961 explotó la bomba: Fidel, en un discurso clave para comprender la historia contemporánea tanto de Cuba como de América Latina, se declaró marxista-leninista.

¡Esa capacidad de crear, ese sacrificio, esa generosidad de unos hacia otros, esa hermandad que hoy reina en nuestro pueblo, eso es socialismo! Y esa esperanza, esa gran esperanza de mañana, ¡eso es socialismo!, y por eso ¡somos socialistas!, y por eso, ¡seremos siempre socialistas!, ¡por eso somos marxista-leninistas!, ¡y por eso seremos siempre marxista-leninistas!¹⁷

Exclamó Castro ante una multitud reunida en la Plaza de la Revolución en La Habana. Un año más tarde, el 26 de marzo de 1962, fue fundado el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) mediante la fusión del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el PSP. El PURSC habría de reemplazar a las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), como eje de la revolución en curso. Cuatro años más tarde se lanzó el Partido Comunista de Cuba como partido único. ¿Qué había cambiado entre 1959 y 1961? ¿Cuáles fueron las razones del proceso de soviétización de la Revolución cubana? Sin duda, la prepotencia de Washington agravada por la confrontación Este/Oeste, que llevó a los Estados Unidos a cometer todo tipo de disparates en sus relaciones con el naciente Gobierno. El manejo diplomático de la Casa Blanca hacia la Revolución cubana ha sido una de las páginas más patéticas e ineptas de las relaciones internacionales. Esa torpeza fue uno de los factores del viraje que empujó a sus dirigentes del nacionalismo y las reformas sociales avanzadas hacia el socialismo.

Según el historiador Marcello Carmagnani,

no hay ningún elemento que permita pensar que en Sierra Maestra (donde se escondieron los insurgentes al inicio de la revolución) el proyecto tuviera un contenido socialista. Ni por la formación de Fidel Castro ni por lo que fuera. El único que podía haber tenido algo era el *Che* Guevara¹⁸.

En el famoso alegato jurídico tras el fallido asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, titulado *La historia me absolverá*, el joven Castro no menciona ni una sola vez las palabras socialismo, comunismo o marxismo-leninismo. En el posterior manifiesto publicado por el propio Castro con base en el discurso de 1953, en el cual detallaba las “cinco leyes revolucionarias” que deseaba implementar en la isla, éstas tenían todas un carácter eminentemente reformista: el restablecimiento de la

15. Boris MIRANDA, “¿Quién convirtió en comunista al líder cubano Fidel Castro?”, *BBC Mundo*, 28-11-2016, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-38126553>, (consulta 11-9-2020)

16. *Ibíd.*

17. En <http://www.fidelcastro.cu/es/citas/22-de-diciembre-de-1961-2>, consulta 15-8-2020).

18. “Cómo se volvió comunista Fidel Castro”, *Infobae*, 26-9-2019, <https://www.infobae.com/america/america-latina/2016/11/26/como-se-convino-comunista-fidel-castro/>, (consulta 11-9-2020).



Constitución de 1940, la reforma agraria, el derecho de los trabajadores industriales a recibir el 30% de los beneficios de su empresa y el de los trabajadores de la industria azucarera a recibir el 55% y, finalmente, la confiscación de los bienes de aquellos funcionarios públicos o privados culpables de fraude al fisco. Por ello, Castro, con escasos 32 años y un aura mítica, fue muy bien recibido en su primera visita a los EE. UU. en abril de 1959. Incluso se reunió con el vicepresidente Richard Nixon, un furibundo anticomunista. “Quiero dejar claro a la población de Estados Unidos que he venido aquí con un sentimiento sincero de amistad”, afirmó el líder cubano en un discurso pronunciado en Washington, en el Club Nacional de Prensa¹⁹.

Sin embargo, cuando el 17 de mayo de 1959 el nuevo Gobierno cubano creó el Instituto de Reforma Agraria (INRA) se comenzaron a agriar las relaciones con los Estados Unidos. Esa medida provocó los primeros roces con Washington y, simultáneamente, despertó algunos gestos de coquetería provenientes de la Unión Soviética. En febrero de 1960 se produjo la primera visita oficial de la URSS a la isla encabezada por Anastás Mikoyán, viceprimer ministro bajo el gobierno de Nikita Jrushchov. Buscando seducir al nuevo Gobierno, que estaba muy necesitado de ingresos, le concedió un crédito de cien millones de dólares y firmó tratados para comprarle azúcar y venderle petróleo. El 8 de mayo de 1960 se restablecieron las relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS, que este último país había roto el 3 de abril de 1952, tres semanas después del golpe militar de Batista.

102

Continuando con sus políticas de corte nacionalista, el 29 de junio siguiente Castro expropió las refinerías de la Texas Oil Company, la Shell y Esso, debido a su negativa de procesar el petróleo proveniente de las URSS. En represalia, el Gobierno de Dwight Eisenhower decretó una importante disminución en las compras de azúcar. La reacción del Gobierno revolucionario fue confiscar prácticamente todas las empresas estadounidenses, entre ellas refinerías, centrales azucareras, compañías de teléfonos y de electricidad.

El 2 de septiembre de 1960, Fidel Castro y una multitudinaria Asamblea General Nacional de más de un millón de personas reunidas en la Plaza de la Revolución José Martí aprobaron por aclamación la *Primera Declaración de La Habana*, en la cual se anunciaba la adhesión de Cuba al bloque socialista. Si hasta ese momento la URSS se había acogido rigurosamente a los acuerdos de Yalta, es decir, a considerar que América Latina hacía parte del área de influencia de Washington, ahora ponía un pie en esta área estratégica al incorporar a Cuba en el campo socialista. En las paredes de La Habana aparecieron en aquellos años varios grafitis que decían: “¿Fidel comunista?: Nikita fidelista”.

La guerra entre Washington y la Habana terminó de desatarse el 16 de diciembre del mismo año, cuando Eisenhower redujo a cero la cuota azucarera y estableció un bloqueo total. Para agravar la situación, el 3 de enero de 1961 Estados Unidos rompió las relaciones diplomáticas con la isla. El entonces secretario de Estado, Christian Herter, encargó a Suiza la defensa de sus intereses en Cuba. Checoslovaquia fue, a su turno, la encargada de ocuparse de los intereses cubanos en Washington.

La inepta respuesta del Gobierno de Kennedy fue aún más deplorable que la de Eisenhower: tras una multitud de agresiones limitadas (como la explosión el 4 de marzo de 1960 del mercante *La Coubre* que estaba descargando 76 toneladas de armas y

19. Joan FAUS, “Cuando Fidel Castro revolucionó las calles de Washington y Nueva York”, *El País*, 1-12-2016.

municiones provenientes de Amberes en el puerto de La Habana), Kennedy le dio un visto bueno a un plan que recibió del Gobierno anterior: la invasión de Playa Girón (o de Bahía Cochinos), que intentaba repetir la experiencia de Guatemala en 1954 que condujo a la caída del gobierno de Jacobo Árbenz. El desembarco de los 1.300 exilados cubanos entrenados por la CIA en América Central se produjo entre el 15 y el 19 de abril de 1961, con objeto de crear una *cabeza de playa* y desde ahí desatar una rebelión popular, formar un Gobierno provisional y alcanzar un pleno reconocimiento de la OEA y de la comunidad internacional. Sin embargo, en escasos tres días, el desembarco había sido aplastado por las milicias y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). A pesar del éxito del Gobierno cubano, este acontecimiento sirvió como preludio al momento de mayor tensión y riesgo en toda la historia de la Guerra Fría: la crisis de los misiles nucleares que puso al mundo, como nunca antes y como nunca después, al borde de una catástrofe nuclear.

En el interludio, el cerco contra Cuba se había agravado, pues en la VIII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, celebrada en Punta del Este (Uruguay), la nación caribeña había sido expulsada de este organismo. Esta conferencia constituyó un desenlace previsible de la anterior celebrada en Costa Rica en agosto de 1960, cuyas conclusiones condenaban

enérgicamente la intervención o amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extracontinental en asuntos de las repúblicas americanas, y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extracontinental por parte de un Estado americano pone en peligro la solidaridad y la seguridad americanas, lo que obliga a la Organización de los Estados Americanos a desaprobala y rechazarla con igual energía²⁰.

En la votación, que tuvo lugar el 31 de enero de 1962, mientras seis países se abstuvieron –Argentina, Brasil, Chile, México, Bolivia y Ecuador–, catorce votaron por la expulsión. Cuba, obviamente, votó en contra. La cascada de desaciertos continuaba.

Según el delegado del Gobierno argentino, Oscar Camilión, “aquella expulsión fue la instalación de la Guerra Fría en la región [...]. Fue el punto de giro tanto en la historia cubana como en la del continente americano”²¹. Es más, en esta entrevista esclarecedora, el entonces viceministro de Relaciones Exteriores sostuvo que el presidente Frondizi

le había advertido a John F. Kennedy, su par de EE. UU., a través de una carta y por un delegado personal, que aislar a la isla podía provocar que el territorio caribeño se transformara en un portaaviones atómico frente a las costas de la Florida. Además, amenazaba al sistema continental porque podía provocar el quiebre del orden político y de la estabilidad institucional de los países [...]. Frondizi creía que aislar a Cuba podía significar la radicalización de la izquierda en la región y, lo que era menos previsible, pero posible y peor, la radicalización de la derecha²².

“Y eso fue lo que finalmente sucedió”, Concluye Frondizi con gran lucidez.

Poco más tarde, tras la muerte de Kennedy, caerían como un castillo de naipes la mayoría de los gobiernos democráticos en la región y se iniciaría la segunda ola de gobiernos militares tras la II Guerra Mundial en América Latina. El propio Frondizi

20. “La reunión histórica de enero de 1962 en Punta del Este que cambió el destino de la Isla”, *Clarín*, 18-4-2009.

21. *Ibidem*.

22. *Ibidem*.



sería víctima, poco después, de un golpe militar, el 29 de marzo de 1962, que instalaría un Gobierno títere dirigido por José María Guido.

Entretanto, la temperatura en el Caribe estaba llegando a niveles de alto riesgo. Por ello, a fines de 1961, Fidel Castro le solicitó a Nikita Krushev que le brindara un paraguas de protección militar. El líder soviético, ni corto ni perezoso, intentó aprovechar la ocasión para instalar a escasas cien millas del territorio estadounidense un número importante de misiles de alcance corto e intermedio, con objeto de contrarrestar los misiles desplegados por los Estados Unidos en Turquía y Alemania Occidental.

A partir de 1962, muy discretamente, Moscú, mediante la *Operación Anádir*, ultrasecreta, empezó a trasladar a La Habana un imponente arsenal compuesto de 24 plataformas de lanzamiento de misiles, 42 misiles de alcance intermedio, 45 ojivas nucleares, 42 bombarderos Ilyushin Il-28 y 40 MiG-21. No obstante, el plan fue descubierto mediante un avión espía U-2 el 15 de octubre de 1962 que fotografió las ramplas de lanzamiento de los misiles todavía en proceso de instalación. La respuesta de Kennedy fue contundente: el 22 de octubre de 1962 anunció el establecimiento de un cerco naval y aéreo en torno a Cuba. Así se desató la crisis que mantuvo en vilo al mundo durante seis días.

A pesar de que el escenario de la crisis se localizaba en Cuba, el Gobierno de Fidel Castro fue excluido de las negociaciones entre la Casa Blanca y el Kremlin, debido a su disposición de escalar la confrontación hasta niveles imprevisibles. A pesar de los gritos en las calles de La Habana coreando, “Nikita, mariquita, lo que se da no se quita”, el 28 de octubre se firmó un acuerdo por el cual la Unión Soviética retiraba todo su armamento nuclear y no convencional de Cuba, a cambio de que Estados Unidos se comprometiera a no favorecer ningún intento de invasión a La Habana y a retirar los misiles que tenía en Turquía.

En todo caso, la alta vulnerabilidad de Cuba que ponían en evidencia estos hechos condujo a los líderes cubanos a dar un paso adelante. Parafraseando al historiador Marco Palacios, al igual que en las revoluciones francesas, rusa y china, se pasó a una fase de tono jacobino, “atravesada por el temor a la restauración contrarrevolucionaria”²³. No es de extrañar, en este contexto, que en el II Manifiesto de La Habana que leyó Fidel Castro, nuevamente en la Plaza de la Revolución el 4 de febrero de 1962 se afirmara el carácter antiimperialista de la Revolución cubana y su apoyo irrestricto a la revolución continental. Declaración que es, nuevamente, aclamada en esta Asamblea General del Pueblo, en el marco de esta típica democracia plebiscitaria.

Además, se abrió un debate en la dirección cubana –como ya había ocurrido en la naciente Unión Soviética, tras el fin de la I Guerra Mundial, entre Lenin y Trotsky–, si era sostenible a escasas millas de la Florida la construcción del *socialismo en un solo país* o, si era necesario extender la revolución hacia otras regiones y naciones, para generar un entorno favorable al régimen cubano. Rápidamente se impuso esta segunda opción. La exportación de la revolución dejó de ser encubierta y objeto de constantes negaciones para convertirse en un arma de sobrevivencia al descubierto. Manuel Piñeiro, el mítico *comandante Barbarroja*, se puso al frente del apoyo a los grupos radicales en toda América Latina.

23. Marco PALACIOS, “‘Construcción socialista’ o ‘restauración burguesa’ en la perspectiva de la Revolución Cultural China”, *Revista de Estudios Sociales*, 7 (2000), <https://doi.org/10.7440/res7.2000.02>.

Como sostiene el profesor Jorge Domínguez, “Cuba es un país pequeño, pero con una política exterior de país grande”²⁴. En efecto, es sorprendente cómo una pequeña isla, con escasa población, ausencia de recursos energéticos y limitado desarrollo económico, hubiera podido desarrollar una política exterior tan activa. Ante todo, fue notable su apoyo y asesoramiento a los movimientos revolucionarios y de liberación nacional en muchos lugares del Tercer Mundo, además de su intervención militar directa en Angola, Etiopía y Argelia, en su disputa con Marruecos en la llamada *Guerra de las Arenas* en 1963.

El eje sobre el cual giraría la política exterior de Cuba en este período estaba determinado por la necesidad de supervivencia frente a su poderoso vecino, con base en la extensión de la revolución hacia el Tercer Mundo. Para ello no dudaría en cuestionar la política exterior de su mayor benefactor, Moscú, que en aquellos años abogaba por una *coexistencia pacífica* con las naciones occidentales.

De la Alianza para el Progreso a las dictaduras militares

A mi modo de ver se deben distinguir dos fases en la política de los EE.UU. en relación con el impacto de la Revolución cubana: una primera fase marcada por la Alianza para el Progreso, en la cual predominó el intento de contener la ola revolucionaria mediante una política reformista, y una segunda fase, tras el asesinato de Kennedy, en la cual se impuso una salida de corte autoritaria expresada en una ola de golpes militares sucesivos a lo largo y ancho de casi toda la región.

La Alianza para el Progreso

En 1961, el presidente Kennedy intentó revivir en América Latina la exitosa experiencia del Plan Marshall, que había buscado generar un rápido crecimiento económico en la Europa Occidental devastada por la guerra, con objeto de servir de herramienta de contención a la expansión de los partidos comunistas.

La Alianza para el Progreso (ALPRO) había sido ya esbozada el 9 de agosto de 1958 cuando el presidente de Brasil, Juscelino Kubitschek, le envió a todos los gobiernos de la región un memorando denominado *Operación Panamericana*, concebido como un amplio programa reformista tendiente a contrarrestar la expansión del comunismo.

Este memorando dio origen a la creación de un comité de expertos en 1959 que se denominó *Comité de los 21*, el cual propuso todo un abanico de importantes iniciativas reformistas que se habrían de materializar mediante la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (1959), la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (1960), el Mercado Común Centroamericano (1960) y el Acta de Bogotá aprobada por el Consejo de la OEA en este último año. La esencia, tanto de la Operación Panamericana como del Acta de Bogotá, era introducir una amplia gama de medidas para mejorar las condiciones de vida de la población y acelerar el desarrollo económico. Se partía del supuesto de que un mayor crecimiento de la economía constituiría un eficaz mecanismo de defensa no militar del hemisferio occidental, es decir, una barrera a la expansión de la Unión Soviética, la cual debía ser permanente y multilateral.

24. Jorge I. DOMÍNGUEZ, *La política exterior de Cuba (1962-2009)*, Madrid, Colibrí, 2009, p. 4.



La Operación Panamericana y las medidas posteriores constituyeron el antecedente inmediato del ambicioso programa de ayuda para América Latina, que habría de lanzar el presidente Kennedy en un discurso de recepción a los embajadores de América Latina en la Casa Blanca el 13 de marzo de 1961. La idea central de ALPRO era llevar a cabo una inversión de veinte mil millones de dólares a lo largo de diez años mediante las agencias de ayuda estadounidenses, las agencias financieras multilaterales como el BID y el sector privado, canalizadas a través de la Fundación Panamericana de Desarrollo.

Detalles posteriores fueron elaborados y debatidos en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), llamada Conferencia de Punta del Este (Uruguay), del 5 al 17 de agosto de 1961. En dicha reunión había delegados de todos los países miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA), incluida Cuba, la cual fue representada por el *Che* Guevara, cuyo duro discurso ya era una premonición de los enfrentamientos futuros:

Estamos de acuerdo en una sola cosa con el informe del Punto V [...] que define la situación actual: “Una nueva etapa comienza en las relaciones de los pueblos de América” [...]. Solo que esa nueva etapa comienza bajo el signo de Cuba, Territorio Libre de América, y esta Conferencia y el trato especial que han tenido las Delegaciones y los créditos que se aprueben, tienen todos el nombre de Cuba, les guste o no les guste a los beneficiarios, porque ha habido un cambio cualitativo en América, como es el que un país se pueda alzar en armas, destruir a un ejército opresor, formar un nuevo ejército popular, plantarse frente al monstruo invencible, esperar el ataque del monstruo y derrotarlo también²⁵.

106

La ALPRO, cuyo lema general era según el texto oficial, “mejorar la vida de todos los habitantes del continente”, tenía los siguientes objetivos específicos: un incremento anual de 2,5 % del PIB continental, el establecimiento de gobiernos democráticos, la eliminación del analfabetismo de adultos para 1970, la eliminación de la inflación, una distribución más equitativa de los ingresos y de la tierra, una mejoría de los sistemas de planificación económica y social. El contexto político era, además, excepcionalmente favorable para impulsar una honda política reformista en el continente, dado el altísimo número de mandatarios electos mediante el voto popular, así como el liderazgo y el reconocimiento de muchos de los gobernantes de aquella época, tales como Víctor Paz Estenssoro, Rómulo Betancourt, Ramón Villeda, Arturo Frondizi, Francisco José Orlich, Fernando Belaúnde o Alberto Lleras (ver *Cuadro I*).

Los proyectos reformistas de la Alianza para el Progreso no eran ajenos a la visión que había en los años cincuenta del siglo pasado con respecto al papel de las Fuerzas Militares en las naciones en desarrollo.

A fines de esta década, un grupo de influyentes científicos sociales tales como John Johnson, Edward Shils y Lucian Pye en los Estados Unidos, observando el papel creciente de las instituciones militares en los procesos de modernización en países atrasados de África, Asia y América Latina, plantearon que las fuerzas militares se estaban convirtiendo en un actor clave como promotores del desarrollo nacional. En aquellos años, figuras como el coronel Gamal Abdel Nasser en Egipto o el general Kemal Atatürk en Turquía, se habían convertido en estrellas rutilantes a nivel global.

25. Ernesto *Che* GUEVARA, “Cuba no admite que se separe la economía de la política”, intervención ante el CIES, 8-8-1961, *Archivo Che Guevara*, <https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/articulos/puntadeleste/discurso.htm>, (consulta 11-9-2020).

Cuadro 1: Presidentes electos en América Latina en los inicios de los años sesenta

| <i>PAÍS</i> | <i>PRESIDENTE</i> | <i>PERÍODO</i> |
|---------------|------------------------------|----------------|
| MÉXICO | Adolfo López Mateus | 1958-1963 |
| GUATEMALA | General Miguel Ydígoras | 1958-1963 |
| HONDURAS | Ramón Villeda Morales | 1957-1963 |
| EL SALVADOR | - | - |
| NICARAGUA | - | - |
| COSTA RICA | Francisco José Orlich | 1962-1966 |
| PANAMÁ | Roberto Francisco Chiari | 1960-1964 |
| COLOMBIA | Alberto Lleras Camargo | 1958-1962 |
| ECUADOR | Carlos Julio Arosemena | 1961-1963 |
| PERÚ | Fernando Belaúnde Terry | 1963-1968 |
| VENEZUELA | Rómulo Betancourt | 1959-1964 |
| BOLIVIA | Víctor Paz Estenssoro | 1960-1964 |
| CHILE | Jorge Alessandri | 1958-1964 |
| ARGENTINA | Arturo Frondizi | 1958-1962 |
| URUGUAY | Consejo Nacional de Gobierno | 1959-1963 |
| PARAGUAY | - | - |
| BRASIL | João Goulart | 1961-1964 |
| CUBA | - | - |
| R. DOMINICANA | - | - |

En este contexto, la corriente de pensamiento que seguía los postulados de la denominada doctrina de la construcción nacional (*national building*), veía en las instituciones militares de los países en desarrollo las organizaciones más modernas, más capaces de formular políticas públicas y, en último término, gracias a los intercambios y a las escuelas de formación de sus oficiales en las capitales de los países más avanzados, más eficaces como canales de difusión de los valores occidentales. Incluso el autor de un libro pionero en los estudios para el desarrollo, *Las Etapas del crecimiento económico*, el polémico Walt Rostow, hablaba en su obra de la necesidad de construir en los países en desarrollo una “coalición modernizante”, entre las élites civiles y las instituciones militares, para poder acelerar el despegue económico (*take off*)²⁶.

A esta visión del papel modernizante de las Fuerzas Militares se añadía, además, la exitosa experiencia de la Gran Bretaña en Malasia en los años cincuenta para contener el levantamiento armado anticolonial mediante un acercamiento a la población civil, intentado ganarse *el corazón y la mente* de ésta y restarle así peso e influencia a las guerrillas nacientes.

Esta corriente que propugnaba por un rol reformista y desarrollista de las Fuerzas Militares tuvo sus mayores exponentes en los gobiernos liderados por el almirante Wolfgang Larrazábal, presidente de la Junta de Gobierno de Venezuela, tras el derrocamiento del dictador Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958; en el Perú, por el general Juan Velasco Alvarado, líder del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada (1968-1975); en Bolivia, por el general Juan José Torres (1970-1971)²⁷; en Panamá, por el general Omar Torrijos (1968-1981), a quien la Constitución de 1972

26. Walt Whitman ROSTOW, *Las etapas del crecimiento económico: Un manifiesto no comunista*, México, FCE, 1961.

27. El general Juan José Torres fue secuestrado y posteriormente asesinado en Buenos Aires el 2 de junio de 1976, en el marco de la alianza criminal de las dictaduras del Cono Sur, Brasil y Bolivia, denominado el *Plan Cóndor*.



denominaría el “Líder Máximo de la Revolución Panameña”, y, por último, aunque más controversial, en Ecuador, por el general Guillermo Rodríguez Lara (1972-1976).

En el caso de Colombia, uno de los cuatro países que no tuvo gobiernos de corte militar en aquellos años, la *corriente reformista* fue liderada por el general Alberto Ruiz Novoa, primero como comandante del Ejército en 1960 y, más tarde, como ministro de Guerra entre 1962 y 1965.

De la respuesta reformista a la respuesta autoritaria

Aun cuando el único país que se opuso firmemente a la Alianza para el Progreso fue Cuba, lo cierto fue que, tras el asesinato de Kennedy el 22 de noviembre de 1963, la Alianza entró en franca crisis, entre otras razones, por el acrecentamiento de la presencia de Estados Unidos en la guerra de Vietnam y sus enormes costos, por lo cual la ayuda financiera para América Latina comenzó a sufrir serios recortes. Los sucesores de Kennedy –empezando por Lyndon Johnson, quien lo sucedió en la presidencia–, prefirieron adelantar entonces más bien acuerdos bilaterales con cada uno de los países latinoamericanos, en los cuales se le dio primacía a la cooperación militar.

El objetivo de contener el ejemplo de la Sierra Maestra no parecía tener efecto – miles y miles de jóvenes se estaban lanzando a la aventura guerrillera en toda América Latina– y, rápidamente, el discurso reformista dio paso al apoyo a las dictaduras militares. Solamente entre los años 1963 y 1964 habían accedido al poder, mediante sendos golpes de Estado, el coronel Enrique Peralta en Guatemala, el general Ramón Villeda en Honduras, una Junta Militar de Gobierno encabezada por el almirante Ramón Castro en Ecuador, un presidente títere en Argentina, José María Guido, y el general Humberto Castelo Branco en Brasil.

De hecho, en las tres décadas siguientes y con distintos ritmo e intensidad, solamente cuatro países de la región escaparon a los golpes militares: Costa Rica, Colombia, Venezuela y México. Y salvo algunos gobiernos militares de tinte progresista en la región andina, el resto sufrió duras experiencias dictatoriales. Estados Unidos, a través del entonces subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Thomas Mann, adoptó la que sería llamada la *Doctrina Mann*, es decir, la necesidad de apoyar a los aliados incondicionales en el marco de la Guerra Fría, con total autonomía de si su sistema político se regía o no por las normas democráticas.

Nuevamente, como había ocurrido en los años cincuenta, para Washington y las élites regionales, la presencia de dictaduras militares o civil-militares era la mejor garantía para la contención del comunismo en la región. El exlíder tupamaro Eleuterio Fernández Huidobro, dice con una gran dosis de humor negro en el documental *Pepe: una vida suprema*²⁸, del polémico cineasta serbio Emir Kusturica, que en sus años de militancia guerrillera se decía en Uruguay que, “en los Estados Unidos no se producen golpes militares, porque no hay Embajada de los Estados Unidos”.

El famosísimo informe confidencial NSC-68 aprobado el 14 de abril de 1950 por el Consejo Nacional de Seguridad (*National Security Council*, NSC) durante la presidencia de Harry Truman y al cual solamente se pudo tener acceso hasta 1975 – cuando fue, finalmente, desclasificado–, constituye el documento clave para

108

28. K&S Films, 2018.

comprender los lineamientos generales que guiaron la política de los Estados Unidos en las primeras dos décadas de la Guerra Fría²⁹.

Tras el fallecimiento del presidente Franklin D. Roosevelt el 12 de abril de 1945, asumió el poder su vicepresidente, Harry Truman, quien ejercerá la presidencia durante ocho complejos años (1945-1953), correspondiéndole

dirigir a su país en un contexto totalmente nuevo, ya que el mundo eurocéntrico se encontraba en ruinas. Europa, el actor central del sistema internacional por décadas, yacía convertida en un osario. Estados Unidos y la Unión Soviética se perfilaban como los nuevos poderes mundiales, aunque las relaciones entre los dos antiguos aliados empezaban a resquebrajarse³⁰.

En el año 1947 el presidente Truman crea mediante el Acta de Seguridad Nacional de ese año, tanto el NSC como el Departamento de Defensa (fusionando los departamentos de Guerra y Marina) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA). En aquel momento, el objetivo del NSC era darle consejos al presidente en relación con las políticas que debían guiar la seguridad nacional, para lo cual este Consejo se erigía en el enlace y el coordinador de los principales actores de la política exterior, en particular, los departamentos de Estado y Defensa. En estos años, los EE.UU. abandonan, definitivamente, el aislacionismo que, con oscilaciones e intervenciones puntuales –en particular, en su *mare nostrum* en el Caribe y América Central–, había constituido uno de los cimientos más sólidos de su política exterior, para ingresar con fuerza en el escenario global como una de las dos potencias que habrán de dominar el panorama internacional en las siguientes cuatro décadas motivado, según el NSC-68, por la amenaza creciente de expansión del comunismo bajo la égida de la URSS.

De acuerdo con Walter La Feber, este documento partía de cinco supuestos básicos que servían de base para formular las recomendaciones políticas:

1. Con la destrucción sufrida por Alemania y Japón, así como el declive de Gran Bretaña y Francia, el poder global sería objeto de disputa, ante todo, entre los EE.UU. y la URSS.
2. La principal prioridad de la URSS era la de establecer su hegemonía absoluta en su *hinterland* (es decir, en su propio territorio y en las naciones de su entorno fronterizo), ante todo, pero no exclusivamente, en Europa Oriental, con la mira puesta en extender esta hegemonía hacia el resto del mundo.
3. En este contexto, el enfrentamiento entre Washington y Moscú era inevitable y lleno de riesgos, debido a la creciente proliferación de armas de destrucción masiva.
4. En gran medida, dado que el poder de la URSS residía en su poderío militar, solamente un poder superior estaría en capacidad de frenarlos.
5. Sin embargo, la URSS tenía un eslabón débil y era el nivel de adhesión del pueblo a un sistema que solo acogían por miedo. Si los EE.UU. demostraban que podían contener con éxito el expansionismo comunista, éste caería del árbol como una manzana podrida.

29. El texto completo del documento se encuentra disponible en <https://fas.org/irp/offdocs/nsc-hst/nsc-68.htm>.

30. Emersson FORIGUA, “El Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos: evolución, organización y lecciones”, *Papel Político*, 17-1 (2012), pp. 239-268.



Con base en estas cinco hipótesis, el NSC-68 recomendó aumentar el gasto militar (que pasaría de trece a cincuenta billones de dólares durante el Gobierno de Truman), aumentar la fuerza convencional en armas y número de hombres –con objeto de contener a la URSS por medios convencionales y evitar una guerra nuclear–, pero sin descuidar la capacidad disuasiva mediante una producción ampliada de armas atómicas y termonucleares.

La doctrina de la contención constituye una de las mayores paradojas en la historia de las relaciones internacionales, dado que fue inspirada por un famoso telegrama enviado el 22 de febrero de 1946 por un joven funcionario de los Estados Unidos en Moscú, el encargado de negocios en la embajada de su país, George Kennan, quien se pasaría el resto de su larga vida afirmando que el Gobierno de Truman había tergiversado su mensaje³¹. Para Kennan, quien más tarde estaría en el equipo responsable de la aplicación del Plan Marshall, la contención a la URSS debía fundamentarse en el desarrollo económico de Occidente, cuyo contraste con los escasos logros previsibles de la URSS y sus Estados satélite llevaría a un rápido desencanto con el comunismo. No obstante, el destino de su mensaje fue otro: la contención, particularmente con acento en la dimensión militar, se convirtió en el principal objetivo de la política de seguridad exterior estadounidense a partir de un discurso pronunciado por el presidente Harry Truman ante el Congreso el 12 de marzo de 1947, en relación con la denominada Guerra Civil Griega (1946-1950), que constituyó la primera insurrección comunista tras la II Guerra Mundial y, por tanto, el primer conflicto bélico de la Guerra Fría, antes de la Guerra de Corea.

110

Esta mirada de los Estados Unidos en torno a los temas de seguridad en el marco de la Guerra Fría constituiría uno de los referentes sobre el cual se edificaría la futura Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) que se desarrollaría con fuerza en algunos países de América Latina, sobre todo en Brasil y en el Cono Sur. El otro referente fue Brasil. El gigante sudamericano, faro principal de la DSN en la región, fue la cuna de la primera Ley de Seguridad Nacional que hubo en el continente. En efecto, bajo el régimen autoritario implantado por Getúlio Vargas (1937-1945), el denominado *Estado Novo* a imagen y semejanza del régimen de António de Oliveira Salazar en Portugal, se expidió una temprana Ley de Seguridad Nacional cuyo sentido y función serán retomados por los gobiernos militares a partir de 1964.

La doctrina se fundamentaría en la exigencia de articular a todas las naciones del continente en torno a Washington (o, más ampliamente, en el campo de la civilización occidental) para contener la expansión de la amenaza comunista, especialmente mediante el combate a sus seguidores en cada país, calificados como un *enemigo interno*. La derivación natural de la DSN, principalmente su concepción ideológica y teórica con respecto al papel de las Fuerzas Militares en la lucha contra la amenaza comunista, fue derivando tras el fracaso de la Alianza para el Progreso en la necesidad de que éstas asumieran directamente el control del Estado.

Sin embargo, y este es un matiz clave que pocos autores han resaltado, la DSN se convirtió en una terrible arma de guerra, una vez se mezcló con los principios de la guerra contrarrevolucionaria proveniente de un grupo de oficiales franceses veteranos de las guerras de Indochina y Argelia. Esta mezcla explosiva se produjo, ante todo, en Brasil y el Cono Sur y gozó de menos influencia en la región andina.

31. *The Long Telegram* está disponible en <http://www.ntanet.net/KENNAN.html> (consulta 15-9-2020).

Dos miradas en torno a la guerra irregular

En los años cincuenta, los Estados Unidos no disponían de una sólida doctrina sobre la guerra irregular. Sus experiencias en este campo eran muy limitadas. Durante la II Guerra Mundial fueron las tropas alemanas las que debieron enfrentar la resistencia guerrillera en Francia, en la URSS, en Yugoslavia y en otros lugares. Ya en la posguerra, salvo su intervención tardía en la Guerra Civil Griega y su asesoría al gobierno de Filipinas en la lucha contra las guerrillas comunistas *Hukbalahap*³², no había tenido verdaderas experiencias en este campo. El único manual fue elaborado después de estas dos experiencias y era más un manual de tácticas sobre el terreno que una doctrina militar propiamente dicha³³. Quienes sí poseían textos bien elaborados eran las debilitadas potencias coloniales europeas, en particular la Gran Bretaña y Francia. Estas veían como sus imperios se derrumbaban tras la II Guerra Mundial ante la emergencia de los movimientos de liberación nacional que se multiplicaban aquí y allá, especialmente en Asia y África, muchos de los cuales canalizaban sus ansias de autonomía nacional a través de la lucha armada. En este contexto, surgieron dos grandes escuelas de guerra irregular: la Escuela británica y la Escuela francesa.

La Escuela británica

Desde el momento en que la Gran Bretaña terminó su expansión colonial e inició el período de consolidación de su imperio colonial (*King Peace*), dio paso a una reflexión sobre cómo manejar el orden público, ya no fundado en la conquista y el pillaje, sino en el control y la incorporación de la población nativa al imperio. Tras el inicio del proceso de descolonización, tres oficiales e historiadores, Robert Thompson, Julian Paget, Frank Kitson, y más tarde, Richard Clutterbuck, pusieron en práctica modelos de manejo de las crisis en naciones como Kenia, Chipre y Malasia, cuyos fundamentos dieron origen a la escuela británica en torno a las guerras en pequeña escala (*small wars*)³⁴. Uno de los más importantes manuales sobre la guerra irregular comenzaba con esta frase de Frank Kitson:

*The first thing that must be apparent when contemplating the sort of action which a government facing insurgency should take, is that can be no such thing as a purely military solution because insurgency is not primarily a military activity*³⁵.

La Escuela británica brindó los fundamentos de lo que sería denominado más tarde, en América Latina, la acción cívico-militar.

32. Jean-Philippe BAULON, “Les Philippines, laboratoire de la contre-insurrection? La révolte des Huks et sa répression (1946-1954)”, *Stratégique*, [100101](https://doi.org/10.3917/strat.100.0095) (2012), pp. 95-112, <https://doi.org/10.3917/strat.100.0095>.

33. “Special Text 31-20-1”, en *Operations against guerrilla forces*, The Infantry School, Fort Benning, Georgia, 1950.

34. Bruce HOFFMAN y Jennifer TAW, *Defense policy and low intensity conflict: the development of Britain’s small wars doctrine during the 1950s*, Santa Monica, Rand Corporation, 1991.

35. *Army Field Manual (Vol. V). Operations other than War (army code n. 71596)*, Londres, 1995, disponible en <https://www.iwp.edu>, p. 106.



1. La clave son las personas. Estas deben ser lo prioritario, a diferencia de las guerras convencionales, en donde lo importante es el control del territorio y las bajas enemigas.
2. Debe haber una visión clara y un propósito político definidos que permitan eclipsar o neutralizar la visión guerrillera. Más que derrotar a la guerrilla, se trata de derrotar a la subversión política dado que se trata, ante todo, de una lucha de legitimidades.
3. Esta pugna de legitimidades exige una *unidad de esfuerzo* civil y militar en el marco de una clara supremacía del poder civil.
4. La fuerza no basta. Se deben tomar medidas materiales en beneficio de las comunidades afectadas, es decir, ganar el *corazón y la mente* de la población.
5. Actuar siempre en consonancia con la ley, respetando las reglas y con un uso limitado de la fuerza.
6. Alta movilidad de pequeñas unidades, aun cuando la acción de grandes unidades a veces es necesaria si la policía y las unidades especiales son insuficientes.
6. Integración y control del territorio mediante acciones civiles y militares.
7. Evitar un choque cultural mediante un conocimiento de las costumbres y valores locales.
8. Esfuerzos sistemáticos en el plano de la inteligencia.
9. Aplicar de manera sistemática la *estrategia de la mancha de tinta (Inkblot strategy)*, es decir, consolidar primero las zonas bajo control estatal y de ahí ir avanzado hacia las áreas de control guerrillero.
10. Despliegue cuidadoso de milicias de autodefensa local.
11. Definir los límites de la asistencia extranjera para evitar que termine controlando el desarrollo de los operativos.
12. Se requiere un adecuado manejo del tiempo, dado que la guerrilla privilegia la guerra popular prolongada y el desgaste del Estado. Por ello, es vital evitar el cortoplacismo y disponer de una visión de corto, mediano, y sobre todo, largo aliento.

La acción cívico-militar, concebida según estas líneas de acción, se convirtió en un componente de la doctrina militar contrainsurgente de los EE.UU., en especial después del éxito que tuvo en la reconstrucción de Corea del Sur el primer programa de este tipo en el que tuvieron una activa participación, el cual fue denominado el *Armed Forces Assistance to Korea (AFAK)*³⁶. Sus lecciones fueron incorporadas en las conclusiones del Comité Presidencial para estudiar el Programa de Asistencia militar de Estados Unidos para América Latina, más conocido como el *Comité Draper*, creado en noviembre de 1958 por el presidente Dwight Eisenhower para estudiar la mejor forma de implementar la Ley de Asistencia Mutua de Defensa de 1949 a los desafíos de la Guerra Fría a fines de los años cincuenta. Este comité recomendó la implementación de la acción cívico-militar para América Latina. Kennedy tomó nota. En un discurso que

36. Igualmente, incidió la experiencia alcanzada por el ministro de guerra y, más tarde, presidente de Filipinas, Ramón Magsaysay, en su enfrentamiento con las guerrillas comunistas, los *Huks*.

pronunció en 1961 delante de los embajadores latinoamericanos en la Casa Blanca, planteó que “*the new generation of military leaders has shown an increasing awareness that armies cannot only defend their countries –they can help to build them*”³⁷.

La Escuela británica estaba en clara sintonía con la escuela de la construcción nacional (*national building*) que, como ya mencionamos, gozaba de mucha aceptación en las escuelas militares de EE. UU. y Europa Occidental en los años cincuenta e inicios de los sesenta del siglo pasado³⁸. Como sostenía Lucian Pye en un texto clásico

*Only a few years ago it was generally assumed that the future of the newly emergent states would be determined largely by the activities of their Westernized intellectuals, their socialistically inclined bureaucrats, their nationalist ruling parties, and possibly their menacing communist parties. It occurred to few students of the underdeveloped regions that the military might become the critical group in shaping the course of nation-building*³⁹.

La Escuela francesa

Esta escuela surgió gracias a las reflexiones y profusas publicaciones de un grupo de oficiales que participaron en las guerras anticoloniales en Indochina (1946-1954) y Argelia (1954-1962), las cuales se originaron no solo gracias a su experiencia en el campo de batalla, sino también mediante una lectura a fondo de las obras de Mao Tse-Tung, Hồ Chí Minh y Võ Nguyên Giáp, en torno al papel de la guerra de guerrillas y sus lógicas de acción para alcanzar el poder. Ante todo, la idea de la guerra popular prolongada como un mecanismo para desgastar a un adversario superior en recursos y armas, la primacía de la política sobre la guerra y los íntimos vínculos que debía mantener el foco insurgente con la población.

Según la visión de estos oficiales, las guerras que debieron afrontar se originaban principalmente en acciones provenientes de los centros de poder comunista que, gracias a sus insidiosas campañas de intoxicación ideológica, lograban movilizar a la población con base en cuadros políticos y militares bien formados, en contravía de los intereses de los países de Occidente. De ahí que la clave de la guerra contrainsurgente fuera romper ese cordón umbilical, es decir, impedir que los revolucionarios se movieran en medio de la población “como un pez en el agua”, según la conocida expresión de Mao Tse-Tung. Esta nefasta escuela, que tanto daño produjo en nuestro continente, ingresó a través de Argentina y Brasil.

En el primer caso, debido a la profunda distancia entre Washington y los gobiernos argentinos durante la II Guerra Mundial, que se vio reforzada con el triunfo en las elecciones presidenciales de 1946 por parte del general Juan Domingo Perón (1946-1955), Francia buscó llenar este vacío, tanto en el campo del adiestramiento militar como en el terreno de la venta de armas. Durante la década en que gobernó Perón (1946-1955), Argentina desarrolló una política de no alineamiento con

37. John DE PAUW y George LUZ, “The role of the total army in military civic action and humanitarian assistance: A Synopsis”, en *Winning the peace: the strategic implications of military civic actions*, Carlisle Barracks (Pennsylvania), Strategic Studies Institute – U.S. Army War College, 1990, pp. 9-23.

38. Cf., los textos ya clásicos de Edwards SHILS y Lucian PYE en Edward SHILS (ed.), *Los militares y los países en desarrollo*, Buenos Aires, Pleamar, 1967.

39. Lucian PYE, “Armies in the Process of Political Modernization”, *European Journal of Sociology*, 2-1 (1961), pp. 82-92, <https://doi.org/10.1017/S0003975600000291>.



Washington y Moscú, denominada la *tercera posición* (antiliberal y anticomunista), por su inspirador, el ministro de Relaciones Internacionales, Juan Atilio Bramuglia, la cual facilitó las aspiraciones francesas. El líder peronista privilegió a Francia como base para la formación de la oficialidad de su país y, debido al veto de suministro de armas de los EE.UU, también la favoreció en este terreno⁴⁰.

A partir de 1954 comenzaron a aparecer en revistas especializadas del ejército argentino artículos en torno a la guerra de Indochina y a la relectura de la guerra que comenzaba a divulgar un grupo de oficiales del ejército francés, intentando explicar cómo un cuerpo altamente profesional y muy bien apertrechado terminó siendo derrotado tras la batalla de Dien Bien Phu (1954), cuando las tropas al mando del general Võ Nguyên Giáp vencieron al Cuerpo Expedicionario Francés en Extremo Oriente dirigido por el general Henri Navarre. La explicación, tras una lectura cuidadosa de la obra de Mao Tse-Tung, era que había surgido una nueva forma de guerra que los tomó por sorpresa y que denominaron como la “guerra revolucionaria”⁴¹ o, de manera más amplia, la “*guerre moderne*”, según el término utilizado por el coronel Roger Trinquier en su obra clásica⁴².

En el caso de Brasil, y debido a una larga tradición de formación de su alta oficialidad en Francia, tras la creación de la influyente Escuela Superior en 1949, más conocida como la *Sorbonne Militaire*, estos vínculos históricos se vieron reforzados y a mediados del siglo XX el ejército brasileño traduce, estudia y asimila las doctrinas francesas de la guerra revolucionaria⁴³.

114

¿Cuáles eran los rasgos de este nuevo tipo de guerra? El coronel Roger Trinquier, quien estuvo tanto en Indochina como en Argelia, afirmaba que en este nuevo tipo de enfrentamiento la victoria o la derrota no se decidían por el tamaño de los ejércitos o la sofisticación de las armas, sino por quien obtuviera el apoyo de la población civil. Es decir, se trataba, ante todo, de una guerra ideológica. Sostenía, además, que este tipo de guerra no convencional se desarrollaba en cuatro fases: un período de paz aparente, una fase de terrorismo, una fase de guerra de guerrillas y, finalmente, la puesta en marcha de una organización político-administrativa clandestina y la formación de unidades de ejército regular. Además, añadía, más que factores internos lo que explicaba las dimensiones que adquirirían estos conflictos armados era la influencia de *agentes externos* mediante acciones de propaganda y adoctrinamiento. Es decir, que sin la injerencia externa no se hubiera producido la revuelta anticolonial en esas dos naciones. Según el coronel Charles Lacheroy, “todo esto formaba parte de una estrategia de dominación mundial motorizada por la Unión Soviética, cuyos agentes y

40. Mario RANALLETI, “Una aproximación a los fundamentos del terrorismo de Estado en Argentina: la recepción de la noción de ‘guerra revolucionaria’ en el ámbito castrense local (1954-1962)”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti*, 11 (2013), pp. 261-278.

41. Charles LACHEROY, *Action Viet-Minh et communiste en Indochine, ou une leçon de “guerre révolutionnaire”*, París, Centre d’Études Asiatiques et Africaines, 1954.

42. Roger TRINQUIER, *La guerre moderne*, París, Editions de La Table ronde, 1961.

43. Maud CHIRIO, “Le pouvoir en un mot : les militaires brésiliens et la ‘révolution’ du 31 mars 1964”, *Nuevo Mundo, Mundos nuevos*, 2007, <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.3887>.

aliados locales se valían de los conflictos nacionales para desestabilizar a los poderes constituidos, subvertir el orden establecido e incorporarlas al mundo comunista”⁴⁴.

Lo más importante era, para el oficial francés, quebrar los vínculos entre los insurgentes y la población, en la cual se distinguía a la “población contaminada” de la “población sana”. Mientras la primera debía ser objeto de duras represalias, la segunda debía ser adoctrinada.

Para tal efecto, la acción clandestina, la tortura y la desaparición forzada se debían convertir en las herramientas centrales de la guerra contrainsurgente. Como sostenía el veterano general de la guerra de Argelia, Jacques Massu, en una nota fechada el 19 de marzo de 1957:

No se puede luchar contra la guerra revolucionaria y subversiva protagonizada por el comunismo internacional y sus intermediarios con los procedimientos clásicos de combate. Es preciso utilizar métodos y acciones clandestinos y contrarrevolucionarios. Es preciso que esos métodos sean admitidos con el alma y nuestras conciencias como necesarios y moralmente válidos⁴⁵.

Los primeros oficiales franceses que llegan a Argentina a dictar cursos y conferencias en torno a la guerra revolucionaria fueron los tenientes coroneles Jean Patrice Jacobe de Naurois y François-Pierre Badié en 1957, a quienes se sumaron posteriormente los tenientes coroneles Robert Louis Bentesque y Jean Nougués, como docentes en la Escuela Superior de Guerra.

Entre tanto, en mayo de 1958, el Estado Mayor del Ejército argentino envió a un grupo de 120 oficiales a la Escuela de Guerra de París, creada por el general Marcel Bigeard. Bigeard había convencido al Gobierno francés a través de su ministro de Defensa, Jacques Chaban-Delmas, de la necesidad de crear un Centro de Entrenamiento en Guerra Subversiva. Algunos de los oficiales argentinos participaron, además, en entrenamientos sobre el terreno en la propia Argelia. El más destacado fue el entonces coronel Alcides López Aufranc, quien se convertiría en el profesor más destacado de esta nueva escuela en el ejército argentino. En 1960, el presidente Arturo Frondizi –en medio de una serie de atentados atribuidos a la denominada Resistencia Peronista contra instalaciones oficiales y contra el personal del Ejército– decretó el plan *Conintes* (Conmoción Interna del Estado), el cual además de otorgarle a las Fuerzas Armadas recursos excepcionales, dio origen a un Comité de Lucha contra la Expansión Marxista, dirigido por el propio coronel Alcides López.

Según el valeroso general Martín Antonio Balza, quien siendo comandante en jefe de las Fuerzas Armadas argentinas pidió perdón públicamente por los crímenes cometidos bajo los gobiernos militares, en una entrevista que le concedió a la periodista Marie-Monique Robin afirmó, sin ambages, que

los franceses aportaron a la Argentina una concepción nefasta y perversa, que literalmente envenenó el espíritu de los oficiales de mi generación: la del “enemigo interior” [...], el enemigo contra el cual debíamos batirnos era nuestro propio conciudadano [...], aquellas personas cuyas ideas no compartíamos y que podían tener,

44. Mario RANALLETI, “‘Jamás pensé que los argentinos serían tan locos’. La planificación de la recuperación de las islas Malvinas en 1982 frente al legado de la represión ilegal”, *Amerika. Mémoire, identité, territoire*, 15 (2016), <https://doi.org/10.4000/amerika.7691>.

45. Eduardo FEBBRO, “Desde 1957, Francia enseñó a los militares argentinos cómo torturar”, *Página 12*, <https://www.pagina12.com.ar/2001/01-05/01-05-27/pag14.htm>, (consulta 11-9-2020).



de lejos o de cerca, afinidades con el comunismo, presentado como el mal absoluto, o con el peronismo, considerado como un subproducto del primero⁴⁶.

Y, en medio de su honda y sincera autocrítica añadió que, si uno obedece órdenes inmorales, delinque.

Esta Escuela intentó irradiar sus lecciones a nivel continental a partir de un curso que fue denominado *Curso Interamericano de Lucha Antimarxista*, que se celebró en Buenos Aires en octubre de 1961, bajo la coordinación del entonces coronel Alcides López, y en el cual participaron 39 oficiales de trece países de América Latina y los Estados Unidos. El curso fue inaugurado por el presidente Arturo Frondizi y por el cardenal Antonio Caggiano. El siguiente paso fue la organización en 1961 del *Primer Curso Interamericano de Guerra Contrarrevolucionaria*.

Tras el *Curso Interamericano de Lucha Antimarxista*, los Estados Unidos, que estaban viviendo el agravamiento de la guerra de Vietnam y la declaración de Fidel Castro el 16 de abril de 1961 afirmando que Cuba se encaminaba hacia el socialismo, le solicitaron al primer ministro de Francia, Pierre Messmer, bajo la presidencia de Georges Pompidou, el envío de especialistas en la guerra de contrainsurgencia.

Para tal efecto, el general Paul Aussaresses fue enviado como agregado militar a Washington, acompañado de diez oficiales de enlace, todos veteranos de Argelia. Su función era contribuir al conocimiento de los fundamentos de la guerra antsubversiva, primero en Fort Benning (Georgia), sede del regimiento de infantería ligera de los Estados Unidos (*75th Ranger Regiment*) y, más tarde, en la Escuela de Fuerzas Especiales de Fort Bragg (Carolina del Norte)⁴⁷. En aquel momento, los Estados Unidos solo disponían del viejo manual de 1951 ya mencionado. Aussaresses llegó a Fort Bragg en plena reorganización de las Fuerzas Especiales con la mirada puesta en la guerra de Vietnam.

La periodista Marie-Monique Robin, en sus clásicos libro y documental sobre la Escuela francesa y América Latina, viajó a los Estados Unidos para entrevistar a dos exalumnos de Aussaresses en Fort Bragg. El general John Jons y el coronel Carl Bernard, veteranos de Vietnam, le dijeron a la reconocida periodista que a principios de la década de 1960 no habían oído hablar de guerra antsubversiva. Según Jons “no teníamos ninguna experiencia, por eso hicimos venir instructores de Francia y leímos artículos y libros sobre la experiencia francesa”. Obviamente, afirmaban que, si bien tenían ya una amplia experiencia en la creación de fuerzas especiales para la guerra irregular, las *boinas verdes* (*Green Berets*) no disponían de una doctrina de guerra contrainsurgente propia, salvo las lecciones derivadas de la Escuela británica, que ponía más el acento de la acción cívico-militar.

En pocas palabras, la Escuela francesa sustituyó a la británica en los Estados Unidos como base doctrinal previamente al escalamiento de su intervención en el Sudeste Asiático y, ante todo, alimentó a las Fuerzas Militares de Brasil y las naciones del Cono Sur durante los *años de plomo*.

En síntesis, en América Latina las respuestas a la emergencia de las guerrillas postrevolución cubana en los años sesenta y setenta no fueron homogéneas. Fueron despiadadas en aquellas naciones en las cuales se impuso la DSN y la Escuela francesa

46. *Escuadrones de la muerte: la escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 267.

47. Manuel SALAZAR, *Las letras del horror. Tomo I: La DINA*, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2011.

y con rasgos más reformistas en los países en los cuales dominó la corriente académica de la construcción estatal y la Escuela británica.

